

EL DIA QUE TRATARON

Los adversarios de la Bahía de Cochinos —Castro y Kennedy— iban a ser asesinados a últimos de 1963 en dos complots extraordinariamente similares entre sí en lo que a técnica se refiere.

En ambos casos, el éxito de la aventura dependía de la utilización de un alto inmueble situado al lado del lugar proyectado para el asesinato. El curso de la historia fue modificado gracias a una precaución rutinaria de la policía, precaución tomada en un caso y no tomada en el otro. A esta conclusión llegó el periodista después de celebrar una entrevista con un funcionario del Ministerio Cubano del Interior, un hombre cuyo trabajo consiste precisamente en descubrir ese tipo de complots para poder evitarlos.

Mi informante era un tipo atlético, bien afeitado, de treinta y tantos años, y podría ser un perfecto guardaespaldas. Un intérprete con anteojos nos sirvió un daiquiri a cada uno antes de aprestarse a su tarea de comunicación. Cuando la entrevista estaba tocando a su fin, el funcionario en cuestión empezó a contestar él mismo en inglés, un inglés vacilante, pero casi sin faltas.

Estábamos sentados en una villa construida, según me dijo, para la amante del más rico de los gangsters de La Habana. Tras la caída de Batista, toda la propiedad de ese tipo fue confiscada por el gobierno. La tal señora debía haber sido muy aficionada a los espejos, los había por todas partes. Pregunté qué había sido de ella.

—En Cuba —contestó el funcionario— tenemos el problema de mantener el equilibrio de la balanza de pagos. Hay una serie de artículos que abundan aquí. Estos artículos los exportamos a Miami. Pero ellos nos mandan una serie de productos que hemos estado tratando de eliminar. Desde mil novecientos sesenta hemos tenido que proteger a los funcionarios del gobierno contra sus asesinatos potenciales. ¿Es ese un tipo de artículos que queremos dejar de importar?

Le pedí me revelara alguno de

los métodos utilizados por la policía cubana para frustrar esos atentados. Mi entrevistado cogió papel y lápiz y se dispuso a trazar un plano.

—Uno de nuestros gobernadores de provincia —me dijo— proyectaba un viaje de inspección. No se sabía a ciencia cierta a qué hora iba a salir de casa, pero no había más que un posible camino que tomar para llegar a su destino. Este camino pasaba por una especie de bosque en el que se había apostado un grupo contrarrevolucionario para tender una emboscada. Un cómplice esperaba en un coche aparcado cerca de la residencia del gobernador a que éste saliera para seguirle por el camino que había de tomar hasta el bosque y, con los faros, avisar a sus compañeros de que debían disparar sobre el coche que iba delante. Un grupo, armado con rifles, estaba apostado al lado izquierdo de la carretera; el otro, un poco más abajo y a la derecha. Si el primer grupo fallaba, el coche seguramente viraría en dirección del segundo para evitar los impactos de las balas.

—¿Y escapó el gobernador? —le pregunté.

—Sí. En este caso —replicó—, la tarea de los asesinos resultó algo más complicada de lo que habían pensado, ya que el coche del gobernador iba acompañado por un segundo vehículo con un grupo de guardaespaldas armados. A pesar de este imprevisto, el cómplice hizo la señal prevista con los faros del coche y se salió de la carretera para escapar acto seguido. La señal fue interpretada correctamente. Los primeros disparos se hicieron contra el primer coche, pero los ocupantes no resultaron heridos en esta carga, cuyo principal objetivo era obligar al coche a dirigirse hacia el otro grupo de pistoleros. Al oír los disparos, el chófer del coche en que iban los guardaespal-

das se puso al nivel del coche del gobernador. Normalmente se hubiese colocado a la izquierda del coche en el que iba el gobernador, pero previendo lo que iba a pasar, se situó al lado derecho para proteger al político. En efecto, empezaron a oírse tiros procedentes de aquella dirección. Según las instrucciones, el coche del gobernador siguió su camino, pero el de los guardaespaldas se lanzó en persecución de los asesinos. De éstos, uno fue muerto durante la persecución y dos fueron capturados. Algunos, sin embargo, consiguieron escapar y no fueron nunca encontrados.

Le pregunté si Fidel Castro había sufrido alguna vez un atentado semejante. El funcionario del Ministerio del Interior reflexionó unos momentos y empezó a dibujar otro plano para explicarme las condiciones del terreno durante el atentado al que iba a referirse.

—Vea usted aquí la carretera que va desde el centro de La Habana hasta el aeropuerto —me informé—. Sabían que el coche de Fidel tenía que disminuir la velocidad en la intersección de estas calles. Uno de los coches de los conjurados estaba aparcado en una pequeña calle lateral perpendicular a la calle principal. Cuando el coche de Fidel se acercase, aquél tenía que avanzar lentamente por la izquierda. Al mismo tiempo, por la derecha, dos hombres habían de salir de repente, uno de ellos arrojaría una granada y el otro dispararía con un arma de fuego. Al mismo tiempo, todos los conjurados escaparían en un segundo coche que vendría de la dirección opuesta.

Sugerí que era sorprendente que un plan tan cuidadosamente preparado no hubiese prosperado. ¿Qué había fallado?

Mi informante sonrió.

—¿Lo que ocurre a menudo en estos casos es que alguien nos

viene y nos dice dónde colocar a nuestros policías!

—¿Tiene tiempo su agencia, en tales casos, para investigar las noticias que le llegan? —pregunté.

—Tenemos que sacarlo de donde sea —respondió gravemente.

—¿Cuál entre los atentados fallidos contra Castro ha sido, en su opinión, el más peligroso?

—Fue en el verano de mil novecientos sesenta y tres —aseguró.

—¿Justamente antes del asesinato de Kennedy, entonces? —le interrumpí. Y él lo confirmó.

—Recuerdo —me dijo— que nuestro Presidente, Oswaldo Dorticós, acababa de regresar al país después de un breve viaje a Nueva York, donde había pronunciado un discurso ante la asamblea de la ONU. En el citado discurso, el Presidente Dorticós había hablado de varios intentos de sabotaje y asesinato llevados a cabo por enemigos del gobierno entrenados en países extranjeros. Propuso que se suspendiesen todas las actividades de este tipo en el Hemisferio Occidental. A la vuelta a Cuba, Dorticós había de pronunciar un discurso público sobre el particular. La reunión tendría lugar en la plaza pública, frente al Palacio Presidencial. Dorticós y Castro aparecerían juntos en el balcón ante la multitud.

«Desde el punto de vista de la seguridad, esta situación entrañaba un gran peligro. A la derecha del balcón había un gran edificio de apartamentos. Un francotirador apostado en una ventana de los últimos pisos del edificio podía disparar perfectamente, desde una distancia de cien a ciento cincuenta metros, sobre el Presidente y el primer ministro. Y eso es lo que se proponía uno de los asesinos armados a la tarde en cuestión.

—¿Cómo iban a conseguir entrar en la habitación? —pregunté.

—Tenían un cómplice en el edificio, alguien que había vivido

DE ASESINAR A CASTRO



Por **THOMAS BUCHANAN**

allí varios años. Pero los tiros no iban a venir de su habitación. En primer lugar, no estaba bien situada con respecto al balcón donde Dorticós iba a pronunciar su discurso; en segundo lugar, no quería arriesgarse a que alguien viese salir a los asesinos de su habitación.

—¿Qué papel jugaba entonces el cómplice? —inquirí.

—Su papel consistía, primero, en notificar a los otros que estaba vacante una de las habitaciones desde las que se dominaba perfectamente el balcón en cuestión; segundo, en hacerse con las llaves de la habitación; tercero, en suministrar los planos del edificio así como un detallado estudio de las costumbres de los inquilinos; finalmente, en meter las armas, desmontadas, en el edi-

ficio y guardarlas en la habitación hasta la llegada de los conjurados. Un día, poco antes del señalado para el asesinato, se presentó en casa con una serie de pequeños paquetes envueltos en papel de periódico. A su mujer le dijo que no tocarse nada, que lo guardase todo en algún sitio hasta que llegase un amigo a recogerlo.

—¿Cuándo entraron sus cómplices en el edificio?

—Los dos primeros llegaron un poco después de ponerse el sol; la noche antes habían planeado la ejecución de su proyecto. Iban vestidos con el uniforme militar del ejército cubano. Uno de ellos —el jefe del grupo— llevaba una insignia de oficial. Como quiera que algunos de los inquilinos del edificio eran miembros de las

fuerzas aéreas nacionales e iban generalmente de uniforme, la presencia de estos hombres no llamó la atención. El presunto oficial pudo hacer dos viajes a la habitación de su cómplice para recoger los paquetes sin levantar sospechas.

»Una vez dentro de la habitación desde donde debían hacer los disparos, desenvolvió los paquetes y empezó a montar las armas —un «bazooka» y dos rifles—. Sus cómplices llegaron una hora más tarde. Iban vestidos como miembros de las milicias populares y llevaban subfusiles que no se preocuparon siquiera de ocultar, ya que el subfusil es el arma que utilizan usualmente las milicias.

—¿Qué papel desempeñó cada hombre en el atentado?

—Bueno, el mitin estaba proyectado para el día siguiente a las tres. El Presidente, Oswaldo Dorticós, saldría al balcón exactamente a esa hora. A su lado figurarían el primer ministro y otros funcionarios del gobierno. Desde abajo sólo se verían las cabezas y los hombros de los personajes del balcón, pero desde la ventana del piso octavo, desde donde iban a hacerse los disparos, resultaban visibles dos tercios del cuerpo de cada hombre.

—¿Pensaban utilizar mira telescópica?

—No. Se utilizaron miras telescópicas en otros casos investigados por nosotros, pero en esta ocasión no debieron considerarlo necesario debido a la proximidad del blanco y a su inmovilidad. El atentado debía haberse producido

EL DIA QUE TRATARON DE ASESINAR A CASTRO

poco después de que Dorticós hubiese empezado a hablar. En aquel instante, el supuesto oficial había de llamar al ascensor automático y bloquear la puerta para poder desaparecer tan pronto como se perpetrara el asesinato. Después entraría otra vez en el apartamento, donde sus tres cómplices ocuparían sus lugares respectivos. Los dos hombres armados de rifles se colocarían en la ventana para apuntar a Castro. Un tercer hombre, armado con un «bazooka», apostado en otra ventana, apuntaría a la multitud. Los tres dispararían al mismo tiempo. Así, antes de que nadie se diese cuenta de dónde habían venido los disparos de rifle, una gran explosión sembraría el pánico y el desconcierto en la multitud. Durante el barullo que seguiría, los dos hombres armados de rifles continuarían sus disparos en el caso de que hubiesen fallado los primeros tiros. Luego correrían hacia el ascensor llevando sólo los subfusiles. En el ascensor bajarían hasta el tercer piso. El resto lo harían por las escaleras.

Al parecer, también Oswald había utilizado el ascensor y las escaleras cuando el asesinato de Kennedy. El funcionario del Ministerio Cubano del Interior continuó sus explicaciones:

—Los asesinos creían que de este modo no se verían atrapados dentro del ascensor si, por casualidad, la policía entrase en el edificio antes de que el ascensor llegase al primer piso. El edificio tenía sólo una salida. Sin embargo, confiaban en el pánico general y en los uniformes que llevaban para pasar inadvertidos. Una vez en la plaza, torcerían a la derecha, darían la vuelta a una esquina y correrían hasta donde les esperaba el coche.

—¿Y después?

—Según la versión que nos dieron «a posteriori», los tres hombres esperaban ser trasladados a la casa del jefe del grupo, situada en un barrio residencial de La Habana. Después de eso, ya no sabían lo que iban a hacer. Sólo su jefe lo sabía. El jefe nos reveló que pensaba telefonar desde su casa a un pescador de Varadero para que les facilitase el traslado a los Estados Unidos.

—¿Pero usted parece escéptico

sobre este último punto! —sugerí.

—No nos lo creemos. La utilización del teléfono hubiese puesto en peligro la huida. ¿Por qué no habían concertado antes la entrevista? Creemos que el jefe tenía una buena razón para volver a casa. No creemos que proyectase abandonar el país.

—¿Y los otros?

—Es interesante observar que encontramos huellas digitales en las armas que iban a haber servido para el asesinato, pero que ninguna de las huellas era del jefe. Seguramente los cómplices iban a ser asesinados después del atentado. La policía encontraría tres armas y los cadáveres de los tres hombres que habían dejado sus huellas en aquellas. Pero nada denunciaría al jefe.

—¿Cómo frustraron ustedes el plan? —pregunté.

—Los cuatro hombres tomaron una serie de medidas para no ser detectados. No encendieron para nada las luces del apartamento y permanecieron junto a la puerta para que nadie pudiese verles a través de las ventanas. No fumaron. Y sólo hablaron en susurros. Después de montar todas las armas, se sentaron a comer los bocadillos que habían llevado; luego se echaron a dormir. A las cinco de la mañana, dos miembros de la seguridad nacional abrieron la puerta y se encontraron a los cuatro conspiradores dormidos rodeados de sus armas. Se rindieron sin ofrecer la mínima resistencia.

—¿Cómo se enteró la policía?

—No teníamos noticias de que existiese una conspiración. Fue una inspección de rutina.

Pensé en el edificio que se levanta sobre la Dealey Square, donde Kennedy fue asesinado.

—Si en lugar de hablar desde el balcón, sus dirigentes se hubiesen trasladado en coche abierto desde el aeropuerto hasta el centro de La Habana, ¿hubiesen podido registrar todos los edificios del trayecto? —inquirí.

—En la medida de lo posible —contestó—. Nos hubiésemos dedicado preferentemente a los puntos que ofreciesen mayor peligro, por ejemplo, donde el coche tuviese que reducir velocidad.

—Si el coche tuviese que girar a la derecha para luego torcer a la izquierda por otra calle, ¿vigilarían ese punto especialmente?

—Se tomarían las máximas pre-

cauciones en ese punto. Se registrarían todos los edificios adyacentes —contestó.

—¿Cómo se hicieron con las armas los asesinos en cuestión?

—Los rifles y los subfusiles eran de fabricación belga y debieron ser robados al ejército cubano en los primeros meses de la revolución. El control de armas de este tipo no había resultado demasiado eficaz y sabemos que muchas de estas armas pasaron a manos de los enemigos de la revolución por aquel entonces. En cuanto al «bazooka», podemos afirmar, sin lugar a dudas, que fue enviado desde los Estados Unidos por agentes de la CIA.

—¿Cómo sabe usted que no fueron cubanos anticastristas los que compraron el arma en los Estados Unidos? —le pregunté.

—Es difícil saber estas cosas a ciencia cierta. Pero vamos conociendo sus costumbres. El procedimiento habitual consiste en enviar armas a bordo de un barco contratado por la CIA. Esas armas van acompañadas por un agente de la organización, sin que éste trate de entrar en Cuba con las mismas. Del contrabando de las armas se encargan unos cuantos cómplices que utilizan para ello lanchas ultrarrápidas. Estas barcas están pilotadas por cubanos contrarrevolucionarios. El contrabando se hace de noche, aprovechando las playas desiertas. Las armas se trasladan a depósitos clandestinos. Muchas son capturadas antes de llegar a su destino. Es indudable que la CIA participa activamente en este suministro de armas, entre las que figuran incluso minas magnéticas perfectamente empaquetadas y dirigidas a puestos militares en los Estados Unidos. Existen, además, los testimonios de los hombres capturados, por si había alguna duda.

—¿Ha aumentado o disminuido este tipo de actividades?

—El número de intentos de sabotaje y asesinato ha disminuido sensiblemente en los últimos años, pero los métodos utilizados revisten una cada vez mayor sofisticación. En los interrogatorios de varios agentes contrarrevolucionarios capturados por la policía hemos sabido que entre sus cometidos figuraba el de averiguar todo cuanto pudiesen sobre las costumbres de Fidel, los lugares que visita, la gente que frecuenta, etcétera...

MUSCH

